

mujer (1)? *Me he hecho todo para todos, para salvarlos á todos*, dice el mismo Apóstol (2). Todo el lenguaje sagrado y cristiano está lleno de estas espresiones, *salvar, rescatar, edificar, convertir*, aplicadas á los fieles en sus mútuas relaciones, para significar su cooperacion á esta accion suprema de Jesucristo, que no por eso es menos nuestro *único* Salvador, Mediador y Redentor; sino que, como *Cabeza* nuestra, nos eleva á la participacion de estos divinos caracteres de Salvador y Redentor, ejerciéndolos en nosotros y por nosotros.

Nunca creeremos llamar la atencion suficientemente sobre que esta regla general de la grandeza cristiana es la que aplicamos proporcionalmente á los Santos y á la Santísima Virgen, así como á los simples fieles. Nosotros no elogiamos, no invocamos en María ninguna grandeza y ningun poder que no sea comun, en principio, á todos los cristianos, y que no se hallen, por consiguiente, interesados todos los cristianos en celebrar en ella, como en su apogeo. En María profesamos el Cristianismo entero, el Cristianismo en la criatura; así como profesamos en Jesucristo el Cristianismo en el Criador. Y como el Cristianismo no es mas que la union sobrenatural del Criador con la criatura, solo tenemos el Cristianismo íntegro en Jesus y María.

Para romper esta economía, es preciso llegar hasta rehusar á la Santísima Virgen y á los Santos que reinan con Dios en el cielo, ese doble poder de intercesion y de cooperacion, que no puede desconocerse respecto de los justos que todavía luchan en la tierra. ¡Pues qué! ¿Perderán esos mismos justos en poder al remontarse á su origen, consumándose para siempre en union con Jesucristo en el seno de la gloria? ¿Son los Santos como los inválidos del reino de Dios?... ¿Qué despropósito es pensar así!

Y sin embargo, esto es lo que tenemos que discutir con la heregia y con todos aquellos, mas numerosos de lo que se

(1) I ad Corinth. VII, 16.

(2) Ibid. IX, 22.

crea, que, sin pertenecer á la heregia, reciben de ella sus inspiraciones en diversos grados.

§. III.

Respuesta á las objeciones concernientes á la comunicacion de los Santos del cielo con los fieles de la tierra.

I. ¿Qué razones hay para rehusar contra toda razon á los Santos del cielo la potestad de intercesion y de cooperacion que se reconoce á los fieles de la tierra?

He aquí á qué se reducen: que los Santos que viven en la tierra se hallan en relaciones sensibles con nosotros, que les permitan conocernos, oírnos, participar de nuestras necesidades y de nuestras pruebas, y en su consecuencia, asistirnos con sus súplicas y sus acciones; mientras que los Santos que están en el cielo, hallándose privados de estos medios sensibles y naturales, de conocimiento y de comunicacion, estando reducidos al estado de espíritus, habiendo llegado á ser igualmente estraños á nuestras miserias por la misma felicidad que los absorbe para admitir que se ocupen en nosotros, seria preciso atribuirles el don de conocer y comprender leyendo en las almas, como hace el mismo Dios; seria preciso prestarles los sentimientos, las miras y la accion de la Providencia, es decir, hacerles dioses, lo cual es propiamente idolatría (1).

Aunque presentada bajo una forma religiosa, esta objecion no es otra que la que infunde la incredulidad en el fondo de las almas, y que diseca en ellas la mas consoladora y benéfica de todas las creencias, la creencia en la comunión

(1) *Qui invocat animas Sanctorum*, dice con todos los demás un Doctor protestante, *idolatra est; et ille Spiritus quem invocas est tibi idolum. ¿Quæ vero est causa cur invoces? Quia persuasum habes et te, et alios ubique terrarum ab illo Spiritu audiri posse, et exaudiri; cum tamen hoc sit Dei proprium omnium preces, ubicumque sint, audire et exaudire.*—Hieronymus Zanchius, t. IV, lib. 1, cap. XVII, p. 459.

de los demás Santos, que dejaron esta vida, con las almas que dejaron en ella, y en su comunicacion con nosotros despues de su muerte.

De aqui resulta, que estas almas son para nosotros como si no existiesen, que su estado es para nosotros como el del cuerpo que ellas abandonaron. Es la negacion *práctica* de la supervivencia y de la inmortalidad del alma.

Esta doctrina escita la repulsion de toda alma, no diré cristiana, sino religiosa y espiritualista, y de los instintos mas universales de la humanidad que ha identificado por do quiera la creencia en la inmortalidad del alma con la de su relacion superior con los séres de este mundo.

Así, encargaré su contestacion primeramente á la escuela de la humanidad, aun pagana, á la escuela de Tácito, que en un siglo de desaliento religioso, inspirado por las elevadas sugerencias de la filosofía y del corazon humano, exclamaba: «Si hay un asilo para los manes del hombre virtuoso; si, como piensan los sábios, no mueren las grandes almas con el cuerpo que animaban.... *llévanos*, oh Agricola, de estos pesares estériles á la firme contemplacion de tus virtudes (1).» Remitiré tambien su contestacion á la escuela de Virgilio, que honrando en versos inmortales la memoria de un simple pastor, que hicieron querido á sus iguales sus benéficas virtudes, despues de los cuidados piadosos rendidos á su cuerpo, nos representa su alma cándida, arrobada de admiracion en el umbral infrecuentado del Olimpo, de donde vé debajo de sí los astros y las nubes, y le dirige esta invocacion: «Sé favorable y propicio á los que dejaste.» *¡Sis bonus o felixque tuis* (2)! á la escuela de Ciceron, en la concepcion que mas honra su genio, *el sueño de Scipion*, haciendo comunicar á este grande hombre con el alma celestial de su abuelo, que le dice: «Sabe que todos cuantos salvaron, defendieron ó engrandecieron la pátria, tienen en el cielo un lugar señalado, donde gozan de eterna dicha.... *de aquí es de donde parten los genios tutelares que gobiernan los pueblos, y aquí es á don-*

(1) Vida de Agricola.

(2) Egloga 5.^a *Daphnis*.

de vuelven;» en fin, á la escuela de Platon, que habla de los que son de la *raza de oro*, por haber merecido bien de su patria, y que dice que despues de su muerte «se convierten en genios puros, bienhechores y *protectores del linaje humano* (1),» y que por otra parte, inspirándose con las *tradiciones antiguas*, á las que dice debe darse crédito, recomienda á los custodios de las leyes que teman, en primer lugar á los dioses del cielo, que saben el abandono de los huérfanos; y despues dice: «Que teman tambien á las almas de los padres que murieron, los cuales se interesan por sus hijos, y quieren bien á los que se acuerdan de ellos, y mal á los que los olvidan (2).»

Tales han sido las creencias de la humanidad, enteramente puras en lo relativo á idolatría, y solamente nebulosas y vacilantes en el crepúsculo del espíritu humano. ¡Y habian de repudiarse en el medio dia, en el dia lleno de la fé, en el seno del Cristianismo, que ha tenido por objeto anudar por medio de Jesucristo relaciones sobrenaturales entre el cielo y la tierra, hacer de El, no cesemos de recordarlo, *la Cabeza de un solo cuerpo*, cuyos miembros que están en el cielo, en el purgatorio y en la tierra, se hallan animados de su gracia y de su vida, y corresponden en su verdad y en su amor! ¿Y se rehusaria á sus miembros, que mas unidos se hallan á El, á los compañeros de su reino, lo que se concede á los que languidecen aun y se arrastran en el polvo del destierro?...

II. Pero vamos á los motivos de esta doctrina, y hagamos ver lo inconsecuentes y ruinosos que son; y por el contrario, la solidez y racionalidad de los de la doctrina católica.

Es propiedad de Dios, se dice, saber y comprender los pensamientos y los votos de los corazones, cualquiera que sea el sitio en que se encuentren, y asimismo el escucharlos; y no puede prestarse este poder á los Santos sin asimilarlos á Dios.

No hay duda que esto es propiedad de Dios; ¿pero no es

(1) La República, lib. V.

(2) Las Leyes, lib. XI.

por ventura propio de Dios todo cuanto tenemos, puesto que no tenemos nada que no lo hayamos recibido de El? Independientemente de las cosas que nos ha dado, ¿no hay cosas que nos puede dar aun, El, que ha llegado hasta dárse nos á sí mismo? ¿No supone este don todos los demás?

Así, pues, ¿no es propio de Dios leer en el porvenir? Y no obstante, comunicó este poder á sus Profetas; y si veian los Profetas lo porvenir, ¿por qué no habian de ver los Santos lo presente?...

Estos mismos Santos han tenido algunas veces en la tierra visiones del cielo; ¿por qué, pues, no habian de tener en el cielo visiones de la tierra? Y tanto mayormente, cuanto que estas visiones del cielo se han verificado hallándose suspensos sus sentidos, de los cuales les libra enteramente la muerte. Estos sentidos, que en el mundo eran para ellos agentes de relacion, ¿no limitaban y no oscurecian el conocimiento mismo que les procuraban, como los dias de padecimiento en una cárcel? y en vez de decir que con la demolicion de esta cárcel quedaron *reducidos* al estado de espíritus, ¿no deberá decirse que fueron *estendidos* á la libertad de los espíritus, y fueron mas semejantes á Dios que es Espiritu?

Peró no tanto debe considerarse este estado de espíritus, cuanto la cualidad de su sér en este estado, quiero decir, su santidad. Esta santidad dá á su vision el mayor objeto posible: lo Infinito, Dios, cuya faz contemplan eternamente, y viendo en quien se sumergen en sus inmensurables profundidades; y lo Infinito, ¿cómo no habian de ver lo finito? ¿cómo viendo lo que está dentro de Dios, no habian de ver lo que se halla fuera?

Peró ¿qué digo? No hay nada que esté fuera de Dios. Dios todo lo comprende: *In ipso vivimus movemur et sumus*. El es verdad de las cosas cuyo conocimiento es su Verbo, y consistiendo la vida eterna en *conocerle á El y al Hijo á quien envió*, conociéndole, se tiene todo conocimiento; se vé todo en El que lo vé todo; se sabe todo en El que lo sabe todo; se tiene toda luz en su luz; *in lumine tuo videbimus lumen* (1). ¡Qué observatorio! ¡Qué óptica! ¡Qué espejo! Si ve-

(1) Salmo XXV, 10.

mos en el mundo á Dios en las criaturas, ¿cuánto mejor no se ha de ver en el cielo á las criaturas en Dios, en Dios, en quien las veian los Angeles y los Profetas, bien en ejemplar, bien en prescencia antes de que ellas existiesen, y en las que nosotros aprendemos en el mundo todo cuanto sabemos?

«Considerando bien las cosas, dice Leibnitz, Dios es ya actualmente el único objeto *inmediato é interior* de nuestro pensamiento. Nuestras ideas nos representan lo que pasa en el mundo por mediacion de Dios, porque no puede esplicarse de otra manera cómo afecta el alma al cuerpo, y cómo pueden comunicarse entre sí las diversas sustancias creadas. Creemos, pues, que no tiene nunca nuestra inteligencia mas que un espejo de Dios y del universo; solamente que en el mundo se halla turbada esta intuicion y confuso este conocimiento. Pero cuando se disipe la nube de nuestra mortalidad y se nos manifieste Dios, cuando le veamos cara á cara, continuaremos viendo las cosas á través de El, pero con mucha mas claridad, distincion y estension; y esto sucederá, en parte por la naturaleza de un espíritu glorioso, y en parte por una gracia especial de Dios (1).»

No pretendemos seguramente en todo esto fijar ni esplicar conducentemente el estado de conocimiento de los Santos en la otra vida con respecto á las cosas de este mundo, sino que solo oponemos, en un conjunto de razones deducidas de la fé, el *¿cómo pueden los Santos saber lo que pasa en la tierra? el ¿cómo pueden dejar de saberlo?*

III. Y ahora aceptamos la parte de la objecion relativa á que no es hacer á los Santos semejantes á Dios, y hacerlos dioses; y en esta proposicion encontramos una razon mas y una razon superior para creer en aquella penetracion ó perspicacia.

Ya por naturaleza hemos sido creados á imágen de Dios, ya por gracia hemos sido elevados á la dignidad de hijos de Dios; aun cuando tuviéramos, pues, por gloria la vision de Dios, no

(1) Sistema Theologicum, edit. de M. Alb. de Broglie, p. 141.

haríamos mas que *acabar* de ser semejantes á El. Esto es lo que nos promete el Apóstol de las visiones: «Carísimos, dice, ahora somos hijos de Dios, y no aparece aun lo que habemos de ser. Sabemos que cuando El apareciere, *seremos semejantes á El*, por cuanto nosotros le veremos tal como El es (1)» Viéndole los Santos tal como es en efecto, están penetrados de lo que El es, y por esta divina penetracion de lo que es, llegan á ser tales ellos mismos, así como el cristal penetrado de la luz se convierte en luz, y el hierro incandescente se convierte en fuego.

Por otra parte, el Hijo de Dios, tenemos que volver siempre sobre esto, no se hizo hombre sino para que el hombre se hiciera Dios. Así, *no solamente es el Hijo, sino que es nuestra misma filiacion*, dice Tomasino, y de esta suerte se acrecienta su gloria con todo lo que ella comunica. Porque de esta manera, no es solamente Dios, sino Dios de los dioses; es decir, que es dueño, no solamente de su Divinidad, sino que es el magnífico dispensador de ella, y tanto mas grande, cuanto que constituye por sí y con inferioridad á sí, mediadores de que El es mediador, así como es Pontífice de los Pontífices, Rey de los Reyes, Señor de los Señores, Santo de los Santos. Así se ha hecho el Hijo de Dios la Cabeza de la humanidad regenerada, para formar con ella su cuerpo y hacer resplandecer en la misma todos los caracteres de su Divinidad. Sus Santos son, pues, todo lo que El es, con la diferencia de que El lo es por naturaleza y ellos lo son por comunicacion; diferencia que no solamente libra de todo peligro de idolatría, sino que glorifica y hace resplandecer á Dios en sus Santos, como el sol en sus satélites.

IV. Pero ¿cómo pueden los Santos acordarse y cuidarse de nosotros en esta penetracion de la luz, de la gloria y de la felicidad de Dios, que los arrebató y los absorbe? ¿Es compatible su misma felicidad con la solicitud y la compasion que les atribuimos por nuestras miserias? Tal es el resto de la objecion.

(1) Primera Epístola de S. Juan, c. III, v. 2.

A esto respondo: ¿Cómo no habian, por el contrario, de acordarse los Santos de nosotros? ¿Cómo no habian de tener el deseo mas ardiente, la *necesidad* mas urgente de asistirnos, de auxiliarnos y de atraernos á su felicidad, y cómo no habia de hacer de ellos esta solicitud, ilustrada con el conocimiento de nuestras miserias, y autorizada con el poder de remediarlas, nuestros intercesores y nuestros salvadores, mucho mas que pudieron serlo en la tierra?

Los Santos se ocupan en la tierra de sus hermanos, á proporcion que son mas Santos, puesto que siendo su santidad una emanacion del corazon de Jesucristo, es caridad. Así, pues, cuando se halla consumada, se verifica la consumacion y el colmo de la caridad. Por esto se premia en ellos esta virtud entre todas: *Venid, los bendecidos de mi Padre*, les dice el Supremo Juez, *porque tuve hambre y me alimentásteis, fui desgraciado y me consolásteis*, etc.; y siendo este premio de la caridad la caridad misma, no puede extinguirse, pues se enciende y se inflama inmensamente. Tanto mas, cuanto que siendo todas las demás virtudes, la fé, la esperanza, la paciencia, las virtudes de la prueba cesan con esta, y que ocupando la caridad todo el lugar que dejan aquellas, sobrevive sola á esta vida, y entra sola en el cielo, como en su océano.

El cielo es por excelencia la patria y el hogar de la caridad. El mismo Dios que ilumina y penetra á los Santos, los anima como verdad y los inflama como caridad; y como llegan á ser semejantes á El por esta divina penetracion, son como El caridad. Y desde entonces nos aman como El, y como El se acuerdan de nosotros, se ocupan en nosotros, y se concilia en ellos como en El esta misericordiosa solicitud con la Suprema felicidad. ¿Qué digo? esta misma felicidad, embriagándoles con sus delicias, les embriaga tambien en cierto modo con la necesidad de comunicarla, porque es la felicidad de la caridad, que solo se abreva para derramarse mas; de la caridad que, como dice perfectamente Bossuet, impele á los espíritus celestiales del cielo á la tierra, del Criador á la criatura, así como eleva á los hombres mortales de la tierra al cielo, de la criatura al Criador.

Nó, nó, el cielo no es la tierra del olvido; no beben los

Santos las aguas del Leteo, y nosotros no debemos temer que nos olviden, dice San Agustin, cuando vos, Señor, de quien ellos beben, os acordais de nosotros (1). Lejos de nuestra mente, dice asimismo San Bernardo, el pensamiento de que se disminuya ó agote en el cielo esta caridad que vimos tan activa en la tierra, cuando aplicado el Santo al manantial propio de la caridad eterna, aspira á boca llena ese torrente de que solo algunas gotas estimulaban su sed en la tierra. La caridad no ha sido vencida por la muerte, porque es tan fuerte y mas aun que la muerte. La latitud del cielo dilata los corazones y no los contrae, estiende los afectos y no los restringe, arrebatá los espíritus y no los disipa. En la luz de Dios se despeja la memoria y no se oscurece; apréndese allí lo que se ignora, y no se olvida lo que se sabe. En fin, aquello no es la tierra, sino el cielo (2).

V. Otra interpretacion eminentemente cristiana, y tomada de las fuentes mas puras de la doctrina de los Padres, nos dá una prenda mas segura de esta verdad consoladora. Está sacada de aquel principio evangélico á que volvemos de continuo en esta obra, sobre que Jesucristo es la cabeza de un cuerpo que debe comprender, como miembros suyos, á todos los elegidos, y que crece sin cesar con la agregacion de estos, hasta que haya llegado á su complemento. De este principio fundamental se deriva, como corolario, la solidaridad de

(1) Nec sic eum arbitror inebriari ex ea, ut obliviscatur mei, cum tu, Domine, quem potat ille, nostri sis memor. *Confess.* lib. IX, c. 3.

(2) Absit ut imminuta nedum exinanita tua illa tam operosa charitas reputetur, cum ad ipsam fontem æternæ charitatis procumbis, pleno hauriens ore, cujus et ipsa prius stillicidia sitiebas. Non potuit mortui cedere charitas, fortis ut mors, imo et morte fortior ipsa... Fratres, latitudo, cœli dilatât corda, non aretat: exhilarat mentes, non alienat; affectiones non contrahit, sed extendit. In lumine Dei serenatur memoria, non obscuratur, discitur quot nescitur; non quod scitur dediscitur; non denique terra sed cœlum est. *Epistola de obitu Sancti Malachie, — et Sermo in obitu Humberti.*

todos los miembros de este cuerpo divino entre sí, y no solamente de todos los miembros confirmados en union con la cabeza en el cielo, sino de estos con todos los que están formándose en la tierra, y que lo estarán hasta el fin de los tiempos. De esta gran solidaridad se desprenden dos bellas consecuencias: la primera es la participacion de los fieles que están en la tierra de los méritos de los Santos que están en el cielo; la segunda la participacion de los Santos del cielo de las pruebas de los fieles de la tierra.

La participacion de los fieles de la tierra de los méritos de los Santos del cielo, no es mas que la aplicacion al órden sobrenatural y celeste de esa ley de reversibilidad que rige ya el órden providencial y humano. Nosotros no vivimos ni morimos enteramente para nosotros mismos en el círculo de la familia, que es una pequeña sociedad, así como en el de la sociedad, que es una gran familia, pues existe un flujo y un reflujo de culpas y de méritos, que reparte estos en diversos grados entre los miembros del cuerpo social. En el órden providencial tenemos un ejemplo notable de esta economía, en el ejemplo de los diez justos que hubieran salvado á Sodoma; ¿y no es este mundo una gran Sodoma, que solo se salva por ese puñado de justos que apenas soporta en su seno? Lo mismo sucede, y mas superiormente aun, en el órden sobrenatural cristiano, por la solidaridad mas profunda y mas activa que establece la gracia entre todos los miembros de Jesucristo. No hay duda que son superabundantes los méritos de esta divina Cabeza para hacer inocente al mundo, y que seria tan absurdo como impío compararlos á los méritos de los Santos; pero tambien estamos tan distantes de hacerlo, cuanto que no admitimos en los Santos ningun mérito que no se funde en los méritos y en la gracia de Jesucristo. De tal suerte, que lo que honramos en los méritos de los Santos, son los méritos de Jesucristo. No queremos decir que estos méritos de los Santos, tan deudores á los de Jesucristo, puedan merecer para nosotros sino solo auxiliarnos á obtener las gracias y los méritos divinos de que son ellos mismos producto, y que son los únicos que pueden merecer para todo el mundo. Entendidos de esta suerte, tienen

los méritos de los Santos un gran precio, que no obstante hallarse inscrito en el precio infinito de los de Jesucristo, aunque dimane de ellos y remonte á los mismos, no queda absorbido en ellos. Jesucristo quiso ser la cabeza, pero no el cuerpo entero. Quiso dejar á los miembros un *juego*, si puedo expresarme así, que les hiciera operar en una relacion de libertad y de caridad con El. En virtud de este juego, puede decirse con verdad, que refiriéndose los méritos de los Santos que están en el cielo enteramente á Jesucristo, aprovechan á los fieles que los presentan á Dios en la tierra, y á los mismos pecadores que no piensan en ellos por esa reversibilidad, consecuencia misma de la solidaridad que nos hace á todos uno solo en Jesucristo. Solidaridad que estrecha la muerte entre los Santos y su principio, sin aflojarla entre ellos y nosotros. Así, es verdadero, que los fieles de la tierra participan de los méritos de los Santos en el cielo.

Hemos dicho tambien que los Santos que están en el cielo participan de las pruebas de los fieles de la tierra. Esta segunda consecuencia es consoladora para nosotros en cuanto nos presenta á los Santos interesados en el auxilio que les pedimos, y esto aun cuando, por una ceguedad que nos haría mas dignos de su compasion, no se lo pidiésemos; como si su suerte se hallase todavía dependiente en algun modo de la nuestra. No hay duda que ellos han llegado al puerto y que gozan de la beatitud, pero no enteramente, puede decirse, á causa de esa solidaridad, que los sujeta á los que luchan aun con las borrascas de la vida, y que si bien no puede hacerles perder nada de su felicidad, puede por lo menos acrecentarla salvando sus hermanos que todavía viven en la prueba. No padecen ellos, pero compadecen. La Iglesia es un solo cuerpo dado á luz para Dios, y cuya parte superior, habiendo entrado ya siguiendo á la Cabeza en la vida eterna, llama á la otra parte que todavía padece, con todo el conocimiento y en razon misma de la felicidad de que goza. Puede decirse que Jesucristo no está todo entero en el cielo; tiene aun hambre, tiene sed, y es probado y crucificado en sus miembros que sufren estos males en la tierra; y los Santos que viven de su vida, experimentan hácia nosotros la misma simpatía y la mis-

ma compasion. Nos siguen, nos asisten con amor, divididos entre nuestra miseria y su beatitud, en la que no quedarán consumados hasta que nos reunamos con ellos. «Hay *mas alegría en el cielo*, ha dicho nuestro Señor, por un solo pecador que se convierte, que por noventa y nueve justos que perseveran.» ¿Cuán bien justifica nuestra doctrina ese *mas alegría*? No hay duda que en cielo hay siempre la mayor alegría, y no puede haber mas que alegría, pero una alegría siempre alterada, para volver á satisfacerse continuamente. ¿Y de dónde puede provenir ese acrecentamiento de alegría? Indudablemente de Dios, de su gloria y de su felicidad, pero de la gloria y la felicidad que existe, no solamente en El, sino en nuestros hermanos, por la misma caridad que nos une unos á otros y á todos á El; alegría de familia, que hace propio de cada uno el bien de todos, y de todos el bien de cada uno; que forma la felicidad de los escogidos que están en el cielo con la salvacion de los que están en la tierra, y que en su consecuencia, no llegará á su colmo hasta que entre en él el último de los escogidos. ¡Oh! ¡Si supiésemos cómo nos esperan, esclama San Bernardo, cómo desean nuestro advenimiento! ¡Con qué interés se enteran de nosotros, con qué alegría saben nuestro bien!

VI. Pero si no podemos verles como nos ven ellos, los sentimos, experimentamos los efectos de su invisible asistencia, los vemos en los auxilios que nos prestan. Tenemos un testimonio bien patente de ello en la caída del paganismo y en la conversion del mundo por la accion celestial de los Mártires. No bien morian estos, ó mejor, no bien revivian á la gloria, volvian á obrar con impulsos de gracia y rasgos de vida contra el ciego furor que acababa de inmolarlos, convirtiéndolo en resplandores y en ardor de seguirlos. Así se ha reclutado el Cristianismo.

Sus luces me dejó, al morir mi esposo.

Su sangre, con que acaban de cubrirme,

Mi vista iluminó; veo ya claro,

Si, creo, y del error me miro libre.

Poliuto á muerte próspera me llama,
Y los brazos me tiende para asirme.

Corneille no hizo mas que espresar en estos versos, segun dice él mismo, lo que pasaba comunmente en la muerte de los Mártires. Origenes y Tertuliano citan numerosos ejemplos de esto. ¡Y con cuántas esperiencias menos patentes, pero no menos ciertas, no ha experimentado cada fiel, ya sea en su alma, ya en las circunstancias de su situacion, y algunas veces en su cuerpo, los efectos sobrenaturales y hasta milagrosos de la asistencia de los Santos! Y no me refiero solamente á los Santos proclamados tales; pero ¿no hemos experimentado nunca en las relaciones privadas que nos han unido á alguna alma santa, á un padre, á una madre, á una esposa, á un amigo que parecia habernos arrebatado la muerte para siempre, no dejándonos de ellos mas que el perfume de sus virtudes; no hemos experimentado nunca cierta secreta asistencia, una influencia invisible, una direccion saludable que revelaba su celestial intervencion, ofreciéndonoslos por lo comun, mas presentes y mas útiles para nuestro bien, que cuando vivian con nosotros en la tierra? ¿Y no se han dado á conocer todos los Santos á quienes invocamos en la Iglesia, por medio de señales mas patentes, por prendas públicas de su beneficio poder, suministrándonos ellos mismos la prueba canónica y jurídica de sus títulos á este culto que les tributamos?

La vida de los Santos en la Iglesia, su concurso de intercesion y de cooperacion desde los cielos en favor de los cristianos de la tierra, la santa federacion de las almas al través de la muerte, es un hecho con que vivimos todos hasta cierto grado, y que no podria desconocerse sin cerrar los ojos á las mas puras luces de la fé, de la razon, de la naturaleza y de la esperiencia.

Consignada así esta gran doctrina, no nos resta mas que aplicarla á la Santísima Virgen.

Aplicacion de esta doctrina á la Santísima Virgen.

I. La Santísima Virgen hereda esta doctrina con todos los demás Santos. Así como invocamos las oraciones de los que creemos que se hallan en gracia cerca de Dios, así invocamos tambien la suya, para que supla lo que falta á la nuestra. Solamente que la invocamos con preferencia á todos los fieles que viven en la tierra, porque ella está en los cielos; y la invocamos con preferencia á todos los Santos que están en el cielo, porque está ella en lo mas elevado del cielo.

No invocarla con esta superioridad de preferencia, es retirar la razon que tenemos para invocar á los demás Santos, es quitar la razon que tenemos para reclamar las oraciones de los fieles de la tierra, es dejar la razon que tenemos nosotros mismos para orar, es negar la oracion en su ejercicio mas elevado y en su poder superior, es negar el Cristianismo y toda la religion que es oracion. Todo esto es.

El Cristianismo se distingue de todas las demás religiones en que la oracion humana tiene por los méritos infinitos de Nuestro Señor Jesucristo un acceso cerca de Dios, que no tendria por sí misma. *Todo cuanto pidiéreis á mi Padre en nombre mio*, ha dicho este Dios Salvador, *os será concedido por El*; mas para conseguirlo, es preciso, no obstante, pedirlo. El mismo, á pesar de ser Dios, pide las gracias que obtiene para nosotros, sin embargo del derecho infalible que tiene para obtenerlas por sus méritos; *intercede* á la diestra de su Padre por nosotros. ¿Cómo se nos habia, pues, de dispensar que pidiéramos y orásemos nosotros mismos despues de El y por El? En una palabra, la oracion recibe su valor general, pero no su dispensa, de los méritos de Jesucristo; y en su consecuencia, encuentra en ellos su valor general en razon de su valor particular, sin lo cual hallaria en ellos su dispensa.

Siguese de aquí, que el que ora ó pide bien, obtiene lo que pide; que el que ora ó suplica mejor, obtiene mas; que el que suplica perfectamente, obtiene abundantemente.